

VACACIONES

Durante casi dos horas cargábamos pacientemente el maletero y la baka del coche. Maletas, sombrilla, cubos y palas para jugar con la arena al borde del mar... flotadores, libros, incluso la cartera del colegio con el texto de las matemáticas para repasar. El mismo rito todos los veranos, durante la infancia y adolescencia. Un rito por el que suspirábamos los nueve meses de curso escolar.

Habían llegado las vacaciones. Una vez más se había superado la barrera de junio y nos disponíamos a sumergirnos en la carretera para llegar a aquel pueblo blanco, limpio, con los balcones repletos de geranios, situado al borde del mar, en el Sur. Quedaban seiscientos kilómetros por delante y unas cuantas paradas en medio. A los pequeños, año tras año, nos decían lo mismo: «Intentar aguantar hasta Bailén...». Nunca fue posible. «Quiero agua», «Necesito ir al baño», «Me parece que me estoy mareando», «Tengo hambre»... El rito se prolongaba en estas paradas y naturalmente en po-



JULIA NAVARRO

ner gasolina al coche, momento en que volvíamos a aprovechar para estirar las piernas y soñar levemente con esas vacaciones a las que cada kilómetro nos íbamos acercando un poco más.

Recuerdo cómo nos despertaban al alba. A las cinco de la mañana sonaba inexorablemente el despertador. La víspera habían quedado cerradas las maletas, pero había que cargarlas en el coche. Por eso a media mañana, mientras devorába-

mos kilómetros era casi imposible no dormir.

Eso sí, hacíamos esfuerzos por mantener los ojos abiertos y observar todas las maravillas que iban desentrañándose a través de la carretera. Por ejemplo los campos dorados, aquel hombre subido al tractor al que saludábamos seguramente sin que jamás nos viera. Aquellos niños subidos en un burro que esperaban pacientemente que pasáramos veloces para cruzar al otro lado de la carretera. La emoción de superar a aquel camión que se había colocado jus-

to delante del coche y nos hacía ir más lentos hacia nuestro destino, la pérdida de esos minutos a nosotros nos parecía interminable, mientras los mayores, cautelosos esperaban el mejor momento para adelantar.

El sol despuntaba con calor y por las ventanas abiertas entraba aire caliente. Era el momento de parar para beber un refresco, para un leve descanso.

Kilómetro a kilómetro iba transformándose el paisaje. Llegábamos al sur, y las casas blanqueadas por la cal eran el preludio de nuestro destino.

Luego llegaba el olor a sal. Aún no habíamos divisado el mar, pero ya sabíamos que estaba ahí y nos consumía la impaciencia. Por fin divisábamos la casita blanca con una palmera orgullosa como una bandera ondeando en el jardín. Habíamos llegado. Alguien decía algo así como «Menos mal que hemos tenido un buen viaje». Y de nuevo el rito se repetía a la inversa. Las maletas, las bolsas, la cartera, la sombrilla... Comenzaban las vacaciones. O quizá no, quizá habían comenzado horas antes, al alba en la ciudad cuando el reto de los kilómetros se alzaba delante. Pero ya estábamos allí.